

# Un reportaje de Alan Riding

## Los artistas ante el poder nazi

Francisco Prieto

¿Se han dado cuenta de que cada vez hay mejores periodistas y peores novelistas?, pregunta una dama, sorprendentemente, en una tertulia que tiene lugar en la novela premonitoria de Robert Musil *El hombre sin atributos*. Novela premonitoria, en efecto, del vacío insondable en que irían cayendo los seres humanos desde la posguerra y que no ha hecho sino intensificarse en lo que llevamos de este siglo XXI. Ese vacío, esa soledad que no es ya una experiencia poética, un modo necesario para cobrar conciencia de sí y proyectarse la criatura en un proyecto existencial, sino un derivado de la anomia social, del desdibujamiento de valores trascendentes, de falta de razones para morir y, por tanto, para fincar en ellas la vida, lo que se traduce en carencia de grandeza, es la que podemos vivir en su gestación por la vía de un reportaje notable realizado por el periodista británico Alan Riding donde nos describe la vida cultural en París —y en Francia toda— cuando la ocupación de los nazis. Aquí reside el interés de esta obra aparte del atractivo que tiene, de por sí, saber cómo le hizo Picasso —con su pintura considerada casi toda ella como arte degenerado— para sobrevivir humanamente hablando, pintar, vender, mostrarse públicamente; ¿cómo se desempeñaron Mauriac, Malraux —que había combatido en la guerra de España—, Sartre, De Beauvoir, Camus, Aragon, Cocteau, Bresson, Clouzot?; ¿qué pasó con los hombres y mujeres del *music-hall*, entre otros, Chevalier, Piaf, Trénet, Rossi, Brassens? En fin, me abstengo de citar nombres pues es raro que alguno escape a la sagacidad reporteril de Riding. Incluso, los que pasaron la guerra fuera, ¿por qué lo hicieron? Por ejemplo, el católico Maritain, al que Riding, por ignorancia o ceguera positivis-



ta inglesa, llama teólogo y no filósofo, y que se va a enseñar a Estados Unidos no sólo por su rechazo radical al régimen nazi y a la derecha “pacifista” que rodeaba, en parte, al mariscal Pétain, sino porque si él era un converso hugonote, su mujer, Raïssa, era una conversa de origen ruso y judío. Es apasionante, por otra parte, seguir a Riding cuando nos hace presente que hubo judíos que confiaron en el régimen de Vichy y que acabaron en campos de concentración —así Max Jacob con todo y conversión católica muy anterior a la invasión—, la rusa Némirovsky y otros, pero hubo también los que permanecieron sin ser molestados en la zona “libre” durante toda la guerra como Jean-Paul Le Chanois y Joseph Kosma, este último autor de la música a un poema de Prévert, “Les feuilles mortes”, y no pocos más. Para acercarnos al clima que se vivía, leamos



Alan Riding

este fragmento del reportaje relativo a la Academia Francesa, esa institución fundada por el genio político de Richelieu para contentar a los escritores y mantenerlos en una cercanía “crítica”:

Un reducido grupo de miembros luchó por rescatar el honor de la Academia. Entre ellos, Mauriac y Valéry lograron disuadir a la academia de aplaudir a Pétain por abrazar el colaboracionismo durante su encuentro con Hitler en octubre de 1940. El panegírico de Valéry durante el funeral de Bergson, en el que apuntó que el filósofo había quedado afectado por el “desastre absoluto” de Francia, fue recibido como un acto de valentía. Sin embargo, y aunque el viejo poeta no contaba con la confianza de Vichy [...], lo cierto es que Valéry era apolítico por naturaleza y nunca prestó su apoyo a la Resistencia intelectual. De hecho, Mauriac fue

el único académico que se incorporó a la Resistencia activa.

(Vale añadir que Bergson permaneció en París sin ser molestado, seguramente por ser un Premio Nobel, y que tuvo la dignidad de que, converso en su mente y en su corazón al cristianismo—su diario da cuenta de ello—, no accede al bautismo para permanecer solidario con los judíos perseguidos, estigmatizados, excluidos...).

En fin, el libro plantea a un lector sensible una problemática compleja que remite a la osadía de juzgar al otro cuando no se ha compartido su circunstancia, cuando no se ha hecho, por otra parte, un ejer-

cicio de inmersión en el interior del otro. En aquellos años, los franceses habían padecido un fenómeno creciente de corrupción en el estamento político, de vaciamiento del sentido de la dignidad y del honor, un no encontrar en quién creer; una decrecimiento en su identidad cristiana (hay que recordar que Francia, como cualquier otra nación europea, fue primero cristiana); en el Evangelio y en la Iglesia de Roma se fincó su identidad, luego se fueron formando los Estados y hasta el final, muchos siglos después, es cuando empiezan a existir las naciones europeas; como si eso no fuera suficiente, esa consecuente falta de energía, esa especie de invierno

de la cultura para emplear los términos de Spengler en *La decadencia de Occidente*, reforzada en Francia por años y años de llegada de inmigrantes que comenzaban a afectar no pocas tradiciones propiciando algún sentido de extrañeza y de inseguridad, hizo que muchos intelectuales y artistas mitificaran la Revolución, simbolizada en ese entonces por la Unión Soviética, una nueva civilización, se soñaba, que abatiría el Dios, Patria y Hogar, un mundo fincado en el hombre, lo que, en rigor, había anunciado ya la Revolución francesa, que daría razones para morir pero también para vivir. Hubo otros, sin embargo, que, religiosos o no, rechazaban tal optimismo y condenaban el materialismo grosero del marxismo-leninismo (cuando regresa de la URSS Gide había escrito que ya no sabía qué era peor, una Unión Soviética donde se avanzaba en la consecución de la justicia social pero donde había quedado desterrada la caridad o una Francia injusta pero donde aún se podía encontrar el espíritu de caridad). Entre los que tenían claro el rechazo al ideal soviético, había un cierto consenso en que el pacifismo de Pétain golpeaba la penetración comunista pero, sobre todo, alejaría a Francia de la guerra (estaba aún muy cerca el recuerdo de la Primera Guerra Mundial con sus millones de muertos, con tantos y tantos jóvenes que ya no pudieron regresar a terminar su bachillerato o sus estudios universitarios, tantas parejas de amantes que habían perdido al compañero, de criaturas sin padre...). Si no se era comunista, ¿qué se perdía? Pero hubo otros que experimentaron con naturalidad lo que predicaban los nazis con su profesión de fe en Occidente, un cierto fondo ecologista y tradicionalista que atraía a hombres como el novelista Jean Giono, o bien otros que, con un fondo nacionalista pueril se adhirieron al espíritu racista y excluyente del Reich, sin contar con los que proclamaban una necesidad de que las élites cultivadas llegaran al poder y salvaguardaran la alta cultura, fecundadora, al fin, de las culturas populares. (En Alemania, primero, en el exilio después, los marxianos del Instituto de Frankfurt no eran ajenos a esta concepción que fundamentara Ortega y Gasset en una obra mayor, cuya vigencia es hoy apremiante: *La rebelión de las ma-*



sas). En fin, había razones serias para optar por la vía de la revolución, por la del colaboracionismo o para mantenerse a distancia, *au dessus de la mêlée*, como en otros tiempos escribiera Romain Rolland. Y aún entre los que apoyaron abiertamente a los nazis, no ya al régimen de Vichy, y pienso en Céline, tenemos que considerar que ese hombre, el autor del *Voyage au bout de la nuit*, había sido un filocomunista misericordioso que en sus primeras prácticas médicas tocó el fondo de las incoherencias y mezquindades humanas y, ateo, tuvo el valor de asumir que si no hay Dios, si no hay revolución feliz, si este mundo no tiene orden ni concierto, sólo un pusilánime se somete a los usos y ordenamientos sociales. Céline es la encarnación más acabada de asumir lo que dijera Iván Karamázov: “si Dios no existe, todo está permitido”).

He aquí un reportaje que, cosa rara en un periodista, cuando analiza a cada personalidad apuesta a entrar en su interior, barajar sus condicionamientos, la conciencia o no de los mismos, mostrar sus inclinaciones en los terrenos más diversos, la presencia de la conciencia moral, la ruta hacia una toma de partido o la revelación del sinsentido de una toma de partido.

Ahora bien, el reportaje de Riding es desconcertante para no pocos lectores iberoamericanos. Para empezar, estamos aún lejanos al peso de la individualidad que creó la grandeza de la civilización europea, y que, hoy, ha desaparecido casi por completo de Europa. Europa se forja en el cristianismo y para el cristiano cada hombre es un proceso de libertad que lo conducirá hacia la salvación o la condenación. Se salva o se condena una persona, nunca un colectivo. Un hombre puede tener la razón aunque sea el único en una ciudad y tiene todo el derecho de expresar lo que piensa y lo que siente. Por otro lado, los jerarcas nazis que rigieron Francia, aun la zona abiertamente invadida, no eran como nuestros “gorilas” —no todos, pero no pocos, disfrutaban de las buenas lecturas, la gran música, la pintura, la escultura y el cine—, y hombres como el notable novelista y ensayista Ernst Jünger figuraban entre los militares del ejército invasor. Aparte de ello, el ministro de la información y de la propaganda alemán, el tristemente célebre Goeb-

bels, ex alumno de los jesuitas y de formación católica, aunque luego abiertamente ateo y antirreligioso, era un amante de las artes y, con su nacionalismo ridículo, sabiendo que sólo en el terreno de la música los alemanes podían proclamar su superioridad cultural sobre los franceses, se preocupó de que grandes maestros de la música alemanes dieran, periódicamente, conciertos en Francia; Von Karajan y Eugen Jochum, el sin par intérprete de Beethoven Wilhelm Kempff, entre otros, eran frecuentes en las carteleras musicales francesas. Actores y actrices, directores y guionistas de cine así como hombres y mujeres del teatro eran invitadas una y otra vez a Berlín y recibidos y homenajeados por el mismo Goebbels, quien supo disuadir a los franceses de las bondades del tercer Reich a tal punto que para muchos lo que se decía de los campos de exterminio era cosa sin fundamento en la realidad. A esto hay que añadir que el encargado de la cultura del gobierno alemán en Francia era francófilo, Gerhard Heller. Como los mayores jerarcas en Alemania, Hitler y Goering, por ejemplo, amaban la pintura, se procuraba disimular el hurto y, en todo caso, establecer contratos de compra-venta de obras de arte. Cuesta trabajo admitirlo, pero el hecho es que Giraudoux, Sartre, Anouilh, Cocteau y el mismo Camus estrenaron obras cuando la ocupación; que Marcel Carné filmó una obra maestra, *Les enfants du paradis*, aparte de *Les visiteurs du soir*, y Bresson *Les dames du Bois de Boulogne*, con la primera actriz María Casares, exiliada en Francia e hija del que fuera presidente de la república española, Casares Quiroga, y amante de Camus; que, aunque dirigida por el colaboracionista radical Drieu la Rochelle, la *Nouvelle Revue Française*, de la casa Gallimard, siguió apareciendo sin que se suprimieran colaboraciones de escritores críticos como Gide, Mauriac y otros. Alan Riding nos explica la génesis de su reportaje:

Desde que, durante las décadas de 1970 y 1980, trabajara como periodista cubriendo los severos regímenes militares de América Latina, he sentido curiosidad por el modo en que artistas y escritores responden a la política y a la sociedad. Las élites culturales latinoamericanas reaccionaron de for-

mas muy diversas; unas veces optaron por pasar desapercibidas, otras dieron apoyo a la Resistencia armada y otras protestaron desde el extranjero, pero sólo en contadas ocasiones se vendieron a los dictadores...

Creo que antes de usar el verbo vender, hay que reparar, y el mismo Riding, paradójicamente, lo hace, que figuras complacientes con el régimen de Vichy y aun con los jerarcas nazis, por ello pudieron salvar la vida de no pocos perseguidos (judíos y comunistas muchos de ellos), desde una figura de las *variétés* como Chevalier, hasta un insigne hombre de Letras como De Montherlant, este último un personaje sin más de la derecha pero nunca un bárbaro sino un menesteroso pederasta que usó una y mil máscaras para transfigurar su condición haciendo obras llenas de grandeza, algunas de ellas experiencias poéticas de la virilidad y la lealtad a los valores más altos. Ateo, llegó a escribir que si existía Dios, tendría que salvarlo porque nadie había escrito dramas católicos tan intensos (baste recordar *La ville dont le prince est un enfant*, *Port Royal*, *Le maître de Santiago* y *Le cardinal d'Espagne*). Esto nos habla también, es necesario reconocerlo, de las miserias del esteticismo del que fue devoto De Montherlant a quien Camus consideró el mayor prosista francés de aquellos años.

Creo que *Y siguió la fiesta* tiene algo muy importante, aun decisivo, que aportar a los lectores iberoamericanos, a saber, la tarea de luchar contra el simplismo, ese simplismo tan presente en nuestros caudillos de la izquierda y de la derecha, nuestros curas, nuestros hombres de partido y quienes les entregan, irresponsablemente, su libertad. Si un exceso de civilización y de urbanismo puede causar mucho mal, lo mismo y aun más la barbarie que en este lado del mundo nos es tan próxima. Se trata de un libro que nos envuelve por su poderoso aliento narrativo pero que nos saca una y otra vez del texto para sumergirnos en aquello de lo que han desertado los hombres y mujeres de aquí y de ahora: el examen de conciencia. **U**

Alan Riding, *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, traducción de Carles Andreu, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, 512 pp.